

SEXTA REUNIÓN

ESPIRITUALIDAD CONYUGAL Y ORIENTACIONES DE VIDA

Primera parte: Progresar en el amor a Dios

Introducción

El verbo «orientar», significa: «volvernos hacia una dirección» o bien «ir hacia». ¿Cómo orientar cada día nuestras vidas hacia Dios? ¿Dónde podemos conseguir una guía para caminar en esa dirección? ¿Qué es lo que nos da fuerza y determinación para mantener nuestras prioridades? ¿Quiénes son los modelos que tenemos presentes para cumplir con nuestra misión?

La estructura y la espiritualidad del Movimiento al que pertenecemos deberían tener un impacto importante en nuestras vidas para orientarnos hacia la santidad y hacia Dios. Lo que nos ofrece el Movimiento, ¿nos ayuda a cada uno y como matrimonio a desarrollar una relación más personal y más íntima con Dios? ¿Esta relación más personal nos lleva a cambiar nuestras actitudes y nuestro comportamiento y tiene fuerza transformadora de nuestra vida? Todo debería ayudarnos a desarrollar la relación con Dios, a descubrir que Dios está cerca, que nos ama, que se manifiesta en la belleza de la creación y en todo lo que nos rodea, en el nacimiento de un niño, en cada uno de nuestros latidos del corazón, en la naturaleza e inmensidad del universo y en todas las leyes de la naturaleza que funcionan tan maravillosamente bien. El Dios inmenso, eterno y maravilloso siempre está ahí.

El ejemplo de Cristo

Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre para mostrarnos un camino a través del desierto de la vida. Vino para mostrarnos la manera de volver a la casa del Padre y para enseñarnos cómo vivir nuestra vida. Vivió los primeros treinta años de su existencia en un ambiente de familia. En esos años, empezó a formar su personalidad humana, y aprendió y vivió las actitudes que Dios Padre, a través del Espíritu Santo iba formando en su interior. Ese mismo Jesús durante su ministerio público nos enseñó cómo vivir esas actitudes profundas y esos criterios evangélicos para que cada uno de nosotros pueda alcanzar la vida eterna, viviendo plenamente su vida. *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (Jn 10,10).

Comienza su vida pública cuando, asumiendo en su Corazón los pecados del mundo entero (He ahí el Cordero de Dios que lleva sobre Sí el pecado del mundo) quiso ser bautizado por Juan Bautista; después, respondiendo a la intercesión de su madre realiza su primer milagro en Caná de Galilea; a partir de ese momento su vida es una entrega continua por los hombres que culmina en la Cruz. Durante su vida pública, Jesús nos enseñó a vivir plenamente como hijos de Dios, con la fe, la esperanza y el amor necesarios para formar una comunidad de verdaderos hermanos, una fraternidad que se va haciendo viva en una nueva realidad espiritual y social, donde todos los hombres formen una sola familia unida por los lazos de la caridad entrañable, la misericordia y la nueva justicia que vienen de lo Alto, de Dios.

Esto lo hizo con su enseñanza, pero sobre todo con el ejemplo de su propia vida, con sus milagros y con su capacidad de escuchar en lo profundo a los hombres, comprendiéndolos y curándolos. Y como si eso no hubiera sido suficiente, después de morir y resucitar en rescate por

nuestros pecados subió al Padre y nos envió el Espíritu Santo. «Yo le pediré al Padre que os mande a otro Defensor, el Espíritu de la verdad para que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16).

Al mirarle en los misterios de su vida oculta, de su vida pública y sobre todo de su Pasión y Resurrección, ese mismo Espíritu Santo va formando en nosotros su mismo Corazón.

El Espíritu Santo

El Espíritu Santo está ahora dentro de cada uno de nosotros, es el Defensor que Jesús le pide al Padre que envíe. Es el Espíritu Santo que descendió sobre Jesús cuando fue bautizado por Juan en el Jordán. Es el mismo Espíritu Santo que descendió sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo en oración con María, y que les da la fuerza para evangelizar al mundo, para vivir y para enseñar, para curar y para constituir una comunidad de vida y amor tal y como Jesús les había enseñado. Es el mismo Espíritu Santo que viene a cada uno de nosotros en el Bautismo y que nos confiere sus siete sagrados dones cuando nos confirmamos. Los sacramentos, los dones y la promesa del Espíritu Santo están siempre con nosotros; ellos nos dan la fuerza para cumplir la misión que Jesús nos encargó, extender su Reino por toda la tierra.

Cuando somos capaces de parar el ritmo frenético de nuestra vida, nos tomamos un tiempo de silencio y estamos atentos a su presencia, este mismo Espíritu Santo espera pacientemente para hablarnos, para guiarnos y sostenernos viviendo plenamente nuestra vida. Jesús nos prometió: «No os dejaré huérfanos; yo vendré a vosotros» (Jn 14,18). Dios Trinidad no se ha limitado solamente a mostrarnos el camino. Él continúa haciéndolo gracias a la presencia del Espíritu Santo, a su Palabra, al Magisterio y Tradición de la Iglesia.

Los sacramentos

Los sacramentos nos dan la gracia y la fuerza para continuar nuestra tarea en el mundo, nos guían y nos sostienen de una manera muy particular. El Bautismo y la Confirmación nos dan la gracia y los dones que nos permiten ser discípulos del Señor. El Sacramento de la Unción de Enfermos nos preparará para aceptar nuestras limitaciones físicas y nuestros sufrimientos gracias a la unción de Cristo; y a emprender “el gran viaje” para reunirnos en una comunión eterna con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y con todos los ángeles y santos del cielo. El Sacramento de la Reconciliación, está siempre abierto para nosotros. Cuando nos acercamos a este sacramento, recibimos por la misericordia de Dios el perdón de nuestros pecados. La gracia del perdón se nos da y tenemos la oportunidad de ser escuchados, reconocer nuestras debilidades y lamentarlas arrepintiéndonos desde lo más profundo. También este sacramento nos da la paz interior que está ligada al perdón. Vivir la experiencia del perdón de Dios por nuestros pecados debería acrecentar nuestra capacidad de perdonamos los unos a los otros.

Perdonar supone una decisión fundada en la reflexión y el diálogo. Esto no se produce espontáneamente y requiere tiempo. Exige grandes esfuerzos y una buena dosis de generosidad, de humildad, de coraje, de comprensión y de amor. Ahí está la fuerza y la inspiración para perdonar a los demás. Ahí encontramos lo que se necesita para construir comunidades en paz.

En nuestro Sacramento del Matrimonio -como hemos dicho en el segundo capítulo- Cristo entra en la vida de los cristianos casados y permanece con ellos para siempre. Por la Eucaristía, Cristo

irrumpe en nuestra vida, hoy. El es, era y será: lo que tuvo lugar en los momentos sucesivos (Institución de la Eucaristía el Jueves Santo, muerte en la cruz el Viernes Santo, Resurrección el Domingo de Pascua) se hace presente en un solo momento, acto único y sublime que resume todo lo que es y todo lo que hizo por amor a nosotros. Celebrarlo, hacer memoria, es manifestar a los ojos del mundo nuestra fe en la presencia de Dios en el corazón de nuestra vida.

En un discurso a matrimonios san Juan Pablo II unía estrechamente la vida y el compromiso de los matrimonios cuando participan en la Eucaristía: *«Misterio de alianza y de comunión, el compromiso de los esposos los invita a poner su fuerza en la Eucaristía, fuente del matrimonio cristiano, modelado por su amor, por el diálogo y por la comunión de los corazones»*. Recibir cotidianamente o cada semana el Cuerpo y la Sangre de Cristo -que nos entregó en la última Cena- ciertamente nos fortalece para llegar a ser más semejantes a Él y para vivir plenamente sus actitudes y su entrega de la propia vida. La calidad de la unión entre dos seres es proporcional a lo que comparten: de ahí podemos sacar lo que es la verdadera vida de la Iglesia en la Eucaristía. Es la vida de Cristo, ante todo, la que debéis compartir entre vosotros los matrimonios.

La ascesis cristiana

¿Cómo adquirir hábitos que nos ayuden a crecer en este amor a Dios? ¿Qué esfuerzos conscientes debemos asumir para llevar una vida que posea calidad evangélica? A partir de la formación que recibimos en Getsemaní, podemos profundizar nuestra relación con Dios Padre, con Jesucristo y con el Espíritu Santo.

La vida cristiana, como cualquier empresa humana, necesita método, examen, ejercicios, hábitos... necesita *ascesis*. La *ascesis* no es algo que haya surgido inicialmente en el ámbito cristiano y no se mantiene sólo en él. Forma parte de la vida humana, sin embargo la ascesis cristiana tiene que ver con haber experimentado algo que está por encima del mundo y que nos permite relativizar éste; no puede perder la referencia al Reino, corno tampoco a la Cruz y a la Pasión de Cristo. El esfuerzo ascético no es, por tanto, un método para arrancar la gracia de Dios, sino fruto de su llamada, de su consuelo, de su gracia. Paul Evdokimov, en su libro *Las edades de la vida espiritual* nos dice, hablando de la nueva época y sus consecuencias en la ascesis: *«La ascesis cristiana no es más que un método al servicio de la vida, y ella buscará ponerse de acuerdo con las nuevas necesidades. (. . .) La ascesis consistirá más bien en el reposo impuesto, la disciplina del sosiego y del silencio, periodos regulares en los que el hombre encuentra la facultad para hacer un alto para la oración y la contemplación, incluso en el corazón mismo de los ruidos del mundo y, sobre todo, de escuchar la presencia de los otros. El ayuno, al contrario de la maceración que con él se inflige, sería la renuncia a lo superfluo, el compartirlo con los pobres, un equilibrio saludable»*.

Volviendo a la pregunta inicial, y aunque de manera muy breve, distinguimos cuatro campos que pueden ayudarnos a incorporar la ascética cristiana en nuestra vida, porque no podemos vivir el amor a Dios desencarnado de la realidad en la que se desenvuelve nuestra existencia:

1. Ascesis y proyecto personal. Ser personas libres e íntegras no es fácil. *« ¿Quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo»* (Sal 14), pregunta el salmista. Y la respuesta es clara corno el agua: *«el que procede honradamente y practica la justicia... »* (cf. Sal 14, lss.). ¿Qué podemos

hacer para ser así, sabiendo que no es fácil aventurarse en el amor a los demás si uno no ha trabajado en alguna medida su propia personalidad?

- En primer lugar, *esforzarnos por vivir de forma consciente* en un entorno que nos invita a la permanente evasión. (Dejar espacio al silencio, la lectura, la reflexión, espacios para confrontar con los miembros del grupo, del Movimiento, de la parroquia la propia vida...).
- En segundo término, *cultivar la salud, la autoestima y la humildad* (vivir en la verdad de lo que soy, con sus luces y sus sombras, sin complejos de inferioridad ni de superioridad).
- Un tercer paso podría consistir en *aprender a discernir las influencias exteriores y los apegos o miedos interiores* que recortan nuestra libertad, porque nos llevan a vivir por inercia, arrastrados por estímulos externos.
- Por último, y es decisivo, buscar caminos para *abrirnos a la realidad del dolor y el gozo de la vida*, nuestra y de los demás, manteniendo la capacidad de indignarnos y de soñar, de criticar y de imaginar utopías, cuando todo alrededor empuja a la acomodación, a la indiferencia, al desencanto, al individualismo, a la pérdida de sensibilidad... lo que incluye asumir dos actitudes: querer crecer (aprender, cambiar, mejorar) siempre - sea cual sea nuestra edad- y aprender a disfrutar y agradecer lo mucho que la vida (y Dios en ella) nos da.

2. Ascesis y amor matrimonial. Un conocido poema de Khalil Gibran exhorta a los amantes: «*Daos mutuamente, pero no os dejéis absorber el uno por el otro* » ¿Qué entrenamiento podemos realizar para fortalecer el amor de pareja cuando somos conscientes de su fragilidad?

- Pasar, del amor entendido como *intercambio de intereses* y evaluado desde la capacidad de mi pareja para hacerme la vida feliz, al descubrimiento del valor de la *fideliad gratuita* que se asienta en la dignidad de la otra persona y que permite confiar en «puedo contar contigo», más allá de que coincidamos en las ideas o satisfacemos las necesidades del otro/a, para que cada uno pueda ayudar al otro a mejorar, a desarrollar su vocación personal, a compartir los sentimientos profundos de la vida sin censura previa.
- Pasar, del amor a la *pareja «soñada» o «imaginada»*, que no deja de ser una proyección de nosotros mismos en el otro/a, a amar a *la persona real*, de carne y hueso, con la que nos hemos casado, con su originalidad propia y su derecho a ser él o ella misma con nuestra ayuda.
- Pasar, de *dar por supuesto «lo debido»* que recibimos de nuestra pareja, a *agradecerlo* y seguir manteniendo una actitud «conquistadora» (no por miedo, sino por amor). Un paso importante consiste en *reavivar todos los días el cariño y la comunicación* para superar la rutina, y en *aprender a perdonar*, porque inevitablemente habrá heridas derivadas de la intimidad y la interdependencia. Se trata de descubrir que todos seguimos siendo un misterio hasta el final de nuestros días.

3. Ascesis y relación padre-hijos ¿Dónde están hoy los desafíos?

- Ofrecer a los hijos un *amor incondicional* que no dependa de su comportamiento, sus cualidades o sus méritos, para que puedan sentirse anclados en la vida.
- Ejercer sobre ellos una *exigencia razonable*, orientada a que den de sí todo lo que sus capacidades permitan, *evitando proyectar en ellos nuestras expectativas y frustraciones*.
- Atrevernos a *proponer*, pese al relativismo imperante, además de «hábitos saludables y de urbanidad» (que no es poco), *ideales religiosos y morales*. y por encima de todo, mantener con ellos una *ininterrumpida relación de afecto y comunicación*.

4. Ascesis y relaciones interpersonales. Jürgen Moltmann ha puesto el dedo en la llaga: «*Nos cuesta poco acogernos mutuamente cuando los demás son como nosotros y hacen lo que nosotros queremos. Pero nos resulta costoso acogerlos cuando son diferentes de nosotros y quieren algo distinto*». Desde la perspectiva cristiana, la verdadera ascesis del amor interpersonal radica en mantenerlo siempre *abierto a la universalidad* (esto es, rompiendo todo tipo de barreras de género, raza, cultura o credo) y tomar como *interlocutores privilegiados a los últimos*, a los pobres, a los que están peor por cualquier motivo y que, equivocadamente, parecen tener poco que aportar, cuando lo cierto es que, junto a sus innegables valores, tienen además, el de devolvemos a quienes estamos mejor, a la familia humana. Un amor que arranca en la fraternidad cercana, pero que debe llegar a la solidaridad con los últimos.

Jesucristo nuestro modelo

Son numerosos los textos del Nuevo Testamento que expresan la radicalidad con que Jesús amó (Mt 19,21; Jn 13,14-15; Lc 12,33-34...). Además, él pidió a sus discípulos una entrega incondicional, sin ocultarles las dificultades externas e internas del «camino estrecho» que proponía. Un camino de alegría y plenitud que incorporaba la necesidad de luchar contra el mal y de renunciar, en ocasiones, a ciertos bienes por causa de otros mayores. En el mundo actual, ocupado y materialista, donde nosotros mismos y muchos de quienes nos rodean estamos marginados o excluidos, ¿no deberíamos poner en práctica las palabras de Jesús en la montaña, que nos son tan familiares bajo el título de las Bienaventuranzas?

Cuando nos decidimos a seguir al Señor, debemos estar dispuestos a entregarnos. No se les ha dado a los hombres y mujeres escoger su cruz: ésta se les impone, como a Simón el Cirineo. Y él, que cargaba con aquella cruz impuesta a su pesar, más tarde gustó la alegría de haber seguido, con ella, las huellas de Cristo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DURANTE EL MES y PARA LA REUNIÓN DE GRUPO

1. ¿Tenemos alguna experiencia en la que hemos sentido la presencia del Espíritu obrando en nosotros o en algunos acontecimientos de nuestra vida? (Sería estupendo compartirla).
2. ¿Cómo nos ayuda la espiritualidad de Getsemaní a comprender de una manera más íntima y personal nuestro camino de fe? ¿Desde vuestra incorporación al Movimiento, os habéis parado a reflexionar cómo la ascesis (en el sentido explicado) os ha ayudado a educaros en ese camino de fe?